

EVALUAR CON GAFAS MORADAS... LOS INDICADORES DE GÉNERO

En nuestros proyectos, utilizamos indicadores para observar la modificación de una situación específica a lo largo del tiempo, y, con esa información, evaluamos también el cumplimiento de nuestros objetivos y vamos orientando nuestras acciones.

Para que nos sean realmente útiles, tienen que definirse claramente, ser viables, medibles y comparables en el tiempo que acordemos y, a ser posible, no demasiados. Otro aspecto a tener en cuenta es que el proceso de su elaboración debería ser, en la medida de lo posible, participativo y consensuado entre los equipos, y por supuesto, combinar un enfoque cuantitativo y cualitativo. Recordemos que, si bien los indicadores cuantitativos nos ayudan a visibilizar los aspectos numéricos (porcentajes, promedios, tasas...), los cualitativos nos ayudan a observar e interpretar los datos que obtenemos.

Y en la interpretación que tenemos que hacer, es crucial un análisis de género. Si tuviéramos, únicamente, datos que no estuvieran desagregados por sexo, o, si los tuviéramos, pero no analizáramos por qué se dan situaciones distintas entre hombres y mujeres, estaríamos perdiendo una información central para entender el funcionamiento de nuestros proyectos. Si no incluimos la variable de género (e incluso otras variables relacionadas con la nacionalidad, la edad o la diversidad funcional), las desigualdades pueden pasar desapercibidas.

Por eso, los indicadores de género no sólo nos ayudan a cuantificar las discriminaciones y diferencias entre unos y otras, también nos ayudan a visibilizar a las mujeres y sus experiencias concretas.

Pero no sería suficiente identificar las preferencias femeninas y masculinas en el ocio, por poner un ejemplo. De hecho, un análisis simple de ello podría llevarnos a caer en estereotipos o conclusiones simplonas. Es importante ir más allá y conocer el verdadero significado de los datos: ¿cómo hemos llegado a esa situación entre los sexos?, y, lo que es más importante, ¿cómo podríamos transformarlo?, o dicho de otro modo, ¿cuáles son las causas que desembocan en que mujeres y hombres nos desenvolvamos de manera distinta en la sociedad?

Cuando elaboramos indicadores de género, por tanto, no debemos olvidar la influencia de roles y estereotipos, las expectativas sobre unas y otros que se traducen en intereses y necesidades concretas, y, por supuesto, las distintas capacidades en el acceso y uso de los recursos.



Otra cosa a tener en cuenta cuando elaboramos indicadores es que, según la fase en la que estemos, o lo que queramos investigar, utilizaremos diferentes tipos.

Para que todo esto quede un poco más claro, vamos a poner un ejemplo concreto.

Imaginemos que estamos observando que el skate es un deporte muy masculinizado y nuestro objetivo es que más mujeres puedan practicarlo.

Comenzando por una fase de diagnóstico, serían *indicadores de situación* los que nos ayudan a entender el escenario de partida y visibilizar cómo se encuentra la relación entre mujeres y hombres en el contexto sobre el que queremos intervenir. Estos indicadores, además, son útiles y relevantes para volver a medirlos al final del proceso y ver si nuestras acciones han modificado, en parte, esos datos. En este momento es importante recoger datos cuantitativos y cualitativos.

Por poner un ejemplo:

- Número de chicas y chicos que utilizan una pista de skate.
 - Percepción que tienen los varones de las mujeres que practican skate y viceversa.
- Analizando estos datos, seguramente encontraremos la influencia de roles y estereotipos de género muy marcados de los que hablábamos antes. Es importante tenerlos en cuenta para enfocar nuestra acción.

Siguiendo con el mismo ejemplo, podemos utilizar *indicadores de realización* para medir de qué manera participan hombres y mujeres de la puesta en marcha de la estrategia que implementemos, es decir, de los recursos y el uso que se les da. Por ejemplo, si impulsamos una estrategia de difusión específica de este deporte entre grupos de chicas ofreciendo una primera clase abierta para probar, podríamos medir:

- Grado de interés mostrado en el momento de la difusión
- Número de chicas que acuden a esta clase
- Opiniones de los usuarios habituales del skate-park con relación a la media

A continuación utilizaríamos *indicadores de resultado*, para ver qué beneficios directos han podido tener las acciones emprendidas para las mujeres y para los hombres.

- Número de mujeres que se han anotado al curso de skate después de la primera clase de prueba
- Motivaciones de ellas para continuar con la práctica
- Actitudes y comportamientos de los varones practicantes de este deporte con sus compañeras

Y por último, utilizaríamos *indicadores de impacto*, con los que podríamos medir la efectividad del programa y valorar si se mantiene, se modifica o se elimina.

- Número de niñas y chicas ajenas al proceso que se interesan por el deporte al ver practicarlo a otras mujeres.



- Grado de satisfacción de las nuevas participantes
- Nivel de colaboración y convivencia entre chicos y chicas en el uso del espacio
- Porcentaje de utilización de la pista de skate por unos y otras. Horarios y tiempos.

Para terminar el proceso, volveríamos a echar un vistazo a los indicadores de situación y veríamos hasta qué punto se han modificado.

Éste sería un ejemplo sencillo en el que, a través de este proceso, mediríamos no sólo la presencia de mujeres y hombres en un determinado proyecto, sino también los motivos de sus ausencias y nos orientaría con relación a acciones posibles para modificar la situación de partida. Y por tanto, podríamos analizar hasta qué punto nuestro proyecto ha podido modificar roles y estereotipos de género: uno de los objetivos centrales en nuestro quehacer como educadoras y educadores si queremos construir un mundo más justo y libre.

Para completar la información

"Guía para la elaboración de indicadores de género". Inst. de la Mujer de Castilla La Mancha.

"Indicadores de Género. Guía práctica" Inst. Navarro para la Igualdad.

